

BOLETÍN DEL CLERO

DEL

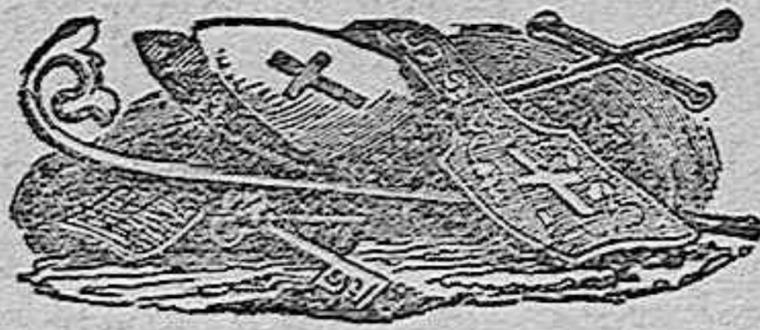
OBISPADO DE LEÓN,

CORRESPONDIENTE

AL AÑO DE 1887.

TOMO XXXV.

LEÓN:
Imp. de los Herederos de Miñón
1887.



BOLETÍN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEÓN.

NOS EL DR. D. FRANCISCO GÓMEZ-SALAZAR Y LUCIO-VILLEGAS,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE LEÓN, CONDE DE COLLE, SEÑOR DE LOS LUGARES
DE LAS ARRIMADAS Y VEGAMIÁN, ETC., ETC.

*Al clero y fieles de nuestra amada Dió-
cesis salud y paz en nuestro Señor Jesucristo.*

Sabed amadísimos hermanos é hijos en Cristo Jesús, que el pueblo de Valverde de la Sierra, en el arciprestazgo de Valdeburón de Arriba, ha quedado reducido á cenizas el día 25 de Noviembre último con motivo de un horroso incendio, que ha consumido y reducido á pavesas 71 casas con 80 establos, dos molinos etc., etc., no quedando del mencionado pueblo compuesto de 112 vecinos y 420 almas, más que unas 24 casas, que son por cierto las peores y más pobres del pueblo. En seis horas se consumió la pobreza de los honrados vecinos de Valverde; carecen gran parte de ellos de pan, abrigo y de todo lo que es de absoluta necesidad para la vida, viéndose obligados á implorar la caridad pública unos, y á refugiarse en los

pueblos inmediatos otros, sin que á todos les quede otro consuelo ni esperanza que la misericordia de Dios y su divina providencia.

Esta es la angustiosa situación de los que fueron vecinos de un pueblo que ya no existe: nos consta que en sus corazones ardía el fuego de la fé, alimentado con el cumplimiento de los preceptos evangélicos y la práctica de las virtudes: veían satisfechas todas sus necesidades, mediante el pobre y frugal alimento que se proporcionaban con el sudor de su frente: se consideraban felices en medio de los trabajos consiguientes á este género de vida transitoria, porque sabían muy bien, que la felicidad completa del hombre no se halla aquí en este valle de lágrimas, destinado á merecer por medio del servicio y amor de Dios, la posesión y goce del mismo en la vida sin fin que nos espera en el otro mundo, para el cual hemos sido criados. En estas ideas y sentimientos se habían educado sin la menor duda acerca de estas verdades y después de las recias tareas campestres del verano y otoño, se hallaban tranquilos en sus pobres moradas con los frutos recoleccionados para sostenerse durante el invierno, cuando de improviso se presenta á su vista una voraz llama que destruye sus viviendas con casi todo lo que contenían, en el corto tiempo que media desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde. Esta gran desgracia deja atónitos en los primeros momentos á los honrados vecinos de Valverde de la Sierra, sin que se den cuenta de lo que les pasa, ni menos piensen en las consecuencias de tan funesta catástrofe; pero al poco tiempo de verificarse tanta desolación, vuelven en sí de su asombro, experimentando desde luego los efectos del horroroso incendio. Notan la falta de sus casas, reemplazadas por cenizas y escombros, sin tener ya donde cobijarse: carecen de abrigo y de pan desde aquel momento sin ver el término de tanta desdicha, viéndose en la dura necesidad

de separarse unos de otros y marchar en distintas direcciones con el fin de encontrar algún alivio á sus males, ya que no completo remedio, porque esto es imposible.

Tal es la situación de vuestros hermanos, hijos muy amados, y Nos apenado en nuestro corazón de padre, estamos lleno de amargura con este motivo y nos vemos obligado á levantar nuestra voz en medio de vosotros, á fin de poner algún lenitivo y dispensar algún consuelo á tantos desgraciados, haciendo entender á unos que los males temporales son permitidos por el Señor para nuestro bien; y á los demás que están en el caso de atender á las necesidades de sus hermanos con los recursos materiales en proporción á los medios de que disponen.

I

La vida del hombre en la tierra está mezclada de sucesos prósperos y adversos; pero unos y otros son dispuestos ó permitidos por el Señor, porque «los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza vienen de Dios (*Ecclesiast. cap. 11, v. 14*)»; en cuanto que el Señor tiene dispuesto desde la eternidad conceder en el tiempo á cada uno su suerte, según su sabiduría y beneplácito; así que ninguno puede atribuir á su trabajo é industria y mucho menos á su suerte ó fortuna las riquezas y bienes que posee, sinó á la providencia de Dios; debiendo, por lo mismo, humillarse ante el mismo, esperar de él su suerte y pedirle fuerzas y gracias para conservarlas ó sustituirlas por otras mejores. «Hay hombre que trabaja, se afana y se atormenta sin piedad y no por eso abundará más» y por el contrario, «hay hombre macilento, falto de fuerza y más abundante en pobreza: y mirole benignamente el ojo de Dios, alzole de su pobreza y levantó su cabeza, y maravillándose de ello muchos, glorificaron á Dios, (*Ecclesiast. cap. 11, v. 11 y sig.*)». Las cosas prósperas y adversas son

iguales en la mano de Dios para mandarlas, quitarlas ó conmutarlas según su voluntad, siendo también iguales en bondad por razón del ente, porque todas ellas son entes criados por Dios, ente primero; así como por razón de la moralidad, porque tanto sirven para promover las virtudes los sucesos prósperos y adversos, la vida y la muerte, la pobreza y la opulencia; siendo más frecuente que muchos se convierten por las cosas adversas, como la pobreza y amarguras de la vida, que por las riquezas, la salud y una vida tranquila colmada de toda clase de felicidades.

Dios manda con frecuencia á las personas piadosas y fieles la pobreza y enfermedades con toda clase de privaciones; y á los impíos prosperidades con riquezas y otros bienes; pero los buenos no deben apetecer, ni ambicionar esta felicidad de los impíos y malos cristianos, sino despreciarla como pequeña y exígua, y esperar otra mucho mayor y eterna en los cielos, de la cual quedan privados los malos é impíos; siendo, por lo mismo, estos más dignos de compasión que de envidia. Cada cual debe someterse gustoso á la divina providencia y resignarse con lo que tenga dispuesto y en este supuesto, será rico y feliz aquel á quien Dios haya querido que goce de estos bienes, siendo por el contrario, pobre, enfermo y desgraciado aquel otro, á quien el Señor haya ordenado que experimente estos males, porque la voluntad de Dios es rectísima, su juicio equitativo en sumo grado y santísimas sus disposiciones, aún cuando nuestra inteligencia limitada no lo comprenda. Tanto la pobreza como la opulencia, la salud, como la enfermedad son hechura de Dios, criadas por su especial providencia y mandadas á los justos no pocas veces para su provecho y salvación eterna, siguiéndose de aquí, que tanto en unas como en otras debemos amar á nuestro Criador de un modo igual, porque todas son igualmente dones de Dios y de un modo especial

las adversas, como más saludables para nuestro bien y provecho espiritual, en cuanto que el Señor es amado con más pureza en la cruz y en las aflicciones, que en las delicias y placeres, porque en la Cruz nada hay que ame el amor carnal ó sensual, como en los goces corporales; así que cuando Dios es amado en la cruz, su amor es espiritual y purísimo, porque solo ama en ella á Dios. Por la cruz y del amor puro de Dios en ella aprendemos á extender este mismo amor á las riquezas, goces corporales y cosas prósperas sin que en ellas amemos más que á Dios como autor y dueño de ellas. La perfección del amor y de la santidad consiste en amar á Dios en todas las criaturas, sin que en estas amemos otra cosa que al criador y autor de ellas y en este supuesto no amamos los placeres porque son gratos al gusto; no amamos las dignidades porque son honoríficas; no amamos las riquezas porque nos proporcionan placeres y vida regalada y cómoda; sino que amamos todas estas cosas únicamente por Dios, en cuanto que está en ellas y en ellas se ofrece á nuestro amor para que podamos servirle allí. Es signo de este perfecto y puro amor, si le amamos de igual suerte en todas las cosas porque lo mismo es Dios en la cruz que en la comodidad; y el mismo Jesucristo amó sin variación ni diferencia alguna á Dios en el monte Calvario y en el monte Tabor, á pesar de las diferencias que mediaron en uno y otro hecho; pero en su transfiguración no amó su gloria y grandeza, sino tan solo la de Dios, y en su crucifixión no amó su ignominia, sino únicamente la voluntad y gloria de Dios; siendo la razón de esta igualdad de ánimo, que Dios y su gloria se hallaba igualmente en la cruz del Calvario y en la gloria del Tabor. Este amor de Dios despoja al amante de todo otro amor (S. Franc. de Sales, *Pract. del amor de Dios, lib. 10, cap. 5.º*) hasta el punto de que puede decir con la esposa de los Cantares: «Mi »amado para mí y yo para él que apacienta entre los li-

»rios, hasta que sople el día y declinen las sombras (*cant. cap. 2.º vv. 16 y sig.*)»

Debemos en conformidad á lo expuesto amar á Dios y darle gracias lo mismo en las cosas prósperas que vienen sobre nosotros, que en las tristes y adversas, porque como dice S. Gregorio Nacianzeno (*Epist. 63*) es una verdad inconcusa que nada de cuanto nos acontece, está exento de razón ante la suma razón, porque así como en las termas vemos salir por un lado el agua caliente y por otro el agua fría resultando de la mezcla de una y otra un baño templado y saludable; así observamos en estas termas del mundo, que emanan los bienes y los males, las cosas alegres y tristes de los dos pechos de Dios ó sea de su misericordia y de su justicia que, mezcladas entre sí, proporcionan al hombre un baño saludable, á fin de que no desespere en lo adverso, ni se envanezca en lo próspero y siempre pueda decir con el profeta Rey «Bendeciré al Señor en todo tiempo: su alabanza siempre en mi boca (*Psalm. 33, v. 2.*);» ó con el Apóstol: «sé vivir humillado y sé vivir en abundancia; de todos modos estoy hecho á todo, á tener hartura y á sufrir hambre, á tener abundancia y á padecer necesidad» (*Epist. ad Philip. cap. 4.º v. 12 y sig.*).» «Todo lo puedo en aquel que me conforta, y sea á Dios y nuestro padre gloria en los siglos de los siglos.»

Nuestra santa religión nos manda sobreponernos á las miserias y aflicciones de esta vida y hasta mirarlas como un don del cielo y por eso nos dice el Apóstol Santiago: «Hermanos míos, tened por sumo gozo, cuando fuereis envueltos en diversas tribulaciones.» (*Epist. cath. cap. 1.º v. 2.º*) Quiere, que pongamos un gozo perfecto, pleno y sumo en la tribulación y por lo mismo, es propio de cristianos é hijos de Dios no contristarse en las adversidades, sino alegrarse y recibirlas con pleno gozo y satisfacción. Las palabras «Bienaventurados los que padecen

»persecución (*Math. cap. 5.º v. 10.*) encierran una verdad venida del cielo para enseñar á los hombres y que el mismo divino Salvador inculcó con la palabra y el ejemplo, mientras vió entre nosotros, porque toda su vida fué una continua persecución, aflicción, cruz y martirio. Los apóstoles inspirados por el Señor enseñaron, que la tribulación es el sumo bien y que en ella debemos gozarnos. La naturaleza y la razón natural huyen de esta verdad y la rechazan como enemiga y contraria al estado natural, á nuestra comodidad y felicidad, porque, el hombre abandonado á sus propias fuerzas no pudo nunca elevarse á esta altura; así que, Aristóteles ignoró esta verdad; no la entendió Platón; Anaxágoras la calificó de falsa, y de necedad Epicuro. A esto alude Tertuliano, cuando dice: la paciencia cristiana es celestial y verdadera, falsa y baja la de los gentiles, quienes manchan con obras feas el nombre de tanto bien, siendo pacientes con los rivales, ricos y poderosos; é impacientes con solo Dios; de manera que entre los gentiles es tan falsa la paciencia como la sabiduría (*Lib. de patientia, cap. 16.*). Cristo, nuestro Señor de tal modo elevó la naturaleza humana con su doctrina y gracia sobrenatural, que la proporciona gozarse contra la naturaleza en la tribulación y males de pena, permitiendo por esto el pecado de Adán y como consecuencia de él la muerte y toda tribulación, á fin de demostrar en ella como peritísimo y poderosísimo médico, la virtud de su gracia y el poder de la paciencia cristiana; la cual no habría podido tener lugar, ni desenvolverse en el estado de la inocencia como exento de toda tribulación; así que mayor virtud recibimos en Cristo, que daño en Adán, según el Apóstol (*Epist. ad Rom. cap. 5.º*)

Es virtud propia de los cristianos dar gracias al Criador con arreglo á la doctrina de S. Pablo (*Epist. ad Ephes. cap. 5. v. 20.*) y aun en las cosas, que consideramos como adversas, es virtud máxima tributar gracias

á Dios en los mismos peligros y miserias de la vida diciendo siempre: *bendito sea el Señor; sé que tengo merecidos mayores castigos; todo lo que sufro es poco en comparación de mis pecados.* El cristiano que toma con gozo su cruz, sigue el camino trazado por nuestro Salvador quien aspiró siempre á los sufrimientos y lleno de anhelo decía: «Con bautismo es menester que yo sea bautizado: »¿y cómo me angustio, hasta que se cumpla? (*Evang. S. Luc. cap. 12., v. 50.*)» En esta escuela fueron educados sus discípulos y por eso el príncipe de estos se expresa así: «Gozaos de ser participantes de la pasión de Cristo, »para que os goceis también con júbilo en la aparición »de su gloria. Si seís vituperados por el nombre de Cristo, »bienaventurados sereis, porque lo que es de la honra, »de la gloria y de la virtud de Dios y lo que es de su espíritu, reposa sobre vosotros (*Epist. S. Pet. cap. 4, v. 13 y sig.*)» La paciencia en los trabajos de la vida y el amor de Dios en medio de ellos es la nota característica de los justos: »Nos gloriamos, dice el Apóstol, en las tribulaciones (*Roman. cap. 5, v. 3.º*) y añade: «me complazco (*Epist. II ad Corinth. cap. 12, v. 10.*) en mis enfermedades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo, porque »cuando estoy enfermo, entonces soy fuerte.» En estas máximas se hallan empapadas todas las epístolas del Apóstol; así que en su carta á los Gálatas se expresa en estos términos: «Nunca permita Dios, que yo me glorie »sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual »el mundo me es crucificado á mí, y yo al mundo (*Capítulo 6.º; v. 14.*)» El amor y gozo de la cruz es el elemento en que se ve transformado S. Pablo; en él vive y en él descansa: vé como copos de nieve las continuas tribulaciones, que se suceden, y vive y goza en ellas como si se hallara en medio del paraíso, sin que las tema, ni le perturben ó molesten, porque lleva por armadura el

escudo de los fuertes que es la paz y el gozo en Dios; á diferencia del que arranca del sentimiento de la naturaleza que se angustia en el dolor.

La tentación de que habla Santiago (*Epist. cath. cap. 1.º v. 2.º*), es lo mismo que aflicción y tribulación, como la pobreza, el hambre, enfermedad, infamia, calor, frio y todos los trabajos mandados por Dios, ó el demonio, por los enemigos ó amigos, por la naturaleza ú otra cualquiera causa, y se llaman tentación, porque exploran la virtud del hombre, su paciencia y fortaleza. Muchas tribulaciones sufrieron los primeros cristianos de los judíos y gentiles por causa del Evangelio; y los Apóstoles los animaban á este combate, haciéndoles entender que todos estos males son para ellos un bien que debían acoger con sumo gozo, porque arranca de nosotros el amor de este mundo con sus pompas y vanidades; nos despierta del sueño que produce en nuestro ánimo el bien temporal á fin de que no amemos lo que es camino por lo que es nuestra patria, el establo por la casa: así que los contratiempos de la vida deben considerarse como señal de filiación, elección y predestinación de Dios porque el Señor castiga al que ama, azota á todo el que recibe por hijo (*Epist. ad Hebr. cap. 12, v. 6.º*). De esto deduce S. Agustín (*Libr. de Pastor.*) que se halla excluido del número de los fieles, el que es exceptuado de los sufrimientos y penalidades, y S. Ambrosio llama madre de los fieles á la paciencia de las tribulaciones (*Lib. 1.º Epist. 4.ª*); lo cual se halla también justificado con las palabras siguientes del angel á Tobías (*Cap. 12, v. 12 y sig.*) Yo presenté tu oración al Señor; y porque eras acepto á Dios, fué necesario, que la tentación te probase. No creamos, dice S. Juan Crisóstomo (*Homil. 32. in Genes.*) que es signo de abandono de parte de Dios y de olvido para con nosotros, si nos sobrevienen tribulaciones; estas son, por el contrario, un claro indicio de que Dios

cuida de nosotros en cuanto que por ellas expelle los pecados, y nos propone la lucha como materia de ejercicio para que nos reconozcamos y obtengamos de este modo mayor auxilio suyo. Por lo mismo, añade, no debemos entristecernos en las tentaciones, sino alegrarnos diciendo con S. Pablo: «Me gozo ahora en las aflicciones que he padecido por vosotros, y suplo en mi carne, lo que resta de los sufrimientos de Cristo por el cuerpo de él, que es la Iglesia (*Epist. ad Colosens. cap. 1.º v. 24.*)» Es propio, por otra parte, del alma generosa y amante, llevar tranquilamente las aflicciones y adversidades; sufrir la tentación y dar además gracias á aquel que la permite, como prueba de suma fortaleza, en cuanto que se hace superior á todos los afectos y pasiones humanas. «El cristiano, como dice S. Efren (*Lib de fide, tom. 1.º*), está fijo entre las diversas tribulaciones y tentaciones como un yunque que permanece siempre recto é inmóvil ante los rudos golpes que sufre: tiene siempre por escudo á Cristo; bajo de él se cobija en la hora del combate y dice: sé para mí Dios protector y lugar de refugio á fin de que me salve.»

Las tribulaciones nos asimilan á Cristo crucificado, al unigénito Hijo de Dios y nos proporciona su ayuda, «porque no tenemos un pontífice, que no puede compadecerse de nuestras enfermedades: pues fue tentado en todas las cosas á semejanza nuestra, excepto el pecado» (*Epist. ad Heb. cap. 4.º v. 15.*). Conviene, por lo mismo, que el cristiano solo goce y se gloríe con S. Pablo en la cruz de Cristo, porque son tantos los bienes que el Señor tiene escondidos y encerrados en ella, que el Apóstol queda admirado y asombrado al observar que el mismo Cristo suaviza con su cruz nuestras cruces, hasta el punto de que él padece en ellas por nosotros; el cual hace exclamar á S. Efren: «La cruz es la esperanza de los cristianos, resurrección de los muertos,

»consuelo de los afligidos, triunfo contra los demonios,
 »esperanza de los desesperados, muro de los que pelean,
 »defensa de los párvulos, cabeza de los adultos, corona
 »de los ancianos, magnificencia y gala de los reyes. La
 »cruz es la predicación de los profetas, compañera de los
 apóstoles, gloria de los mártires, pureza de las vírgenes,
 »gozo de los sacerdotes, cimiento y firmeza de la Iglesia,
 »seguridad del mundo, fortaleza de los débiles, medicina
 »de los enfermos y confianza de los monjes (*Sermón de*
»Cruce). Las desgracias y adversidades de la vida nos
 privan de dos sumos males, cuales son; el pecado y la
 concupiscencia: son por consiguiente el sumo bien del
 hombre. Son además la misma penitencia por los peca-
 dos cometidos; antídoto contra los futuros, porque se
 oponen directamente contra la concupiscencia; y así
 como la sal preserva de la corrupción las carnes, de igual
 suerte la tribulación preserva al cuerpo y alma de la
 concupiscencia y del pecado. El Señor amargó nuestra
 vida con tantas tribulaciones, porque en el estado de
 naturaleza caída y corrompida son útiles y necesarias
 de todo punto para elevarla y sanarla, como su único
 y bien sumo. La piedra se alegraría, sin duda alguna,
 de que el artífice la pulimentára é hiciera de ella esta-
 tua elegante de un rey, si en ella existiera entendi-
 miento; pues lo mismo habrá de decirse de la tribula-
 ción con respecto al hombre, porque esta es para noso-
 tros, lo que el fuego para el oro, la lima para el hierro,
 el cincel para la piedra, el escoplo, garlopa y cepillo para
 la madera, la lejía para la ropa blanca, el bieldo para el
 trigo, la sal para la carne, el horno para el pan y el
 cauterio para el cáncer. «Si eres oro, dice S. Agustín,
 »¿por qué temes á la paja? por qué temes al fuego? Es-
 »tareis juntos en el horno, pero el fuego convertirá en
 »ceniza la paja, y á tí te purificará de tus manchas. Si
 »eres trigo ¿para qué temes al trillo? no aparecerás cual

»te hallabas en la espiga, si el trillo no te separa de la
 »paja, quebrantando ésta hasta reducirla á polvo. Si eres
 »aceite, por qué temes la presión de la prensa? no apare-
 »cerá tu especie, si el peso de la piedra no te separa de
 »la amurca ó alpechin.» (*Div. Augustin. tract. de tempor. Barbaror. cap. 3.º*) Así como la cera no recibe fácilmente la impresión del sello, dice el Beato Antioco (*Homil. 79*), si no se ablanda y calienta con el fuego, de igual suerte el hombre necesita ser probado con el ejercicio de los trabajos y gran variedad de sufrimientos para preservarse del pecado según aquellas palabras de Isaías: «Con mi
 »alabanza te enfrenaré para que no perezcas (*Isaias, cap. 48, v. 9.*)» Es decir que esa tribulación es el freno de la concupiscencia y la alabanza de Dios; lo cual se expresa también por Jeremías en estos términos: «De lo
 »alto envió fuego en mis huesos, y me escarmentó: ten-
 »dió una red á mis pies, me hizo volver hácia atrás: me
 »puso desolada, consumida de tristeza (*Thren. cap. 1.º v. 13.*)» La tribulación es la red de Dios que coge á los hombres, llevándolos á sí; es la disciplina del linage humano y el Señor no nos concede sus gracias, sino mediante aquella.

Hermanos míos en el Señor: estamos condenados á sufrir los trabajos en este valle de lágrimas y nada hay que pueda eximirnos de esta prueba, sea cual fuere nuestra posición y nuestros recursos, porque todos se estrellarán ante la sentencia de Dios, que nos los envía para nuestro provecho ó los consiente para mayor bien de nosotros mismos. Vosotros los vecinos de Valverde de la Sierra, mis muy amados hijos, que estais pasando por estas pruebas, fijad vuestra atención en lo que venimos diciendo en esta Carta pastoral dirigida á todos los fieles de esta nuestra Diócesis y muy particularmente á vosotros que como víctimas de una inesperada desgracia, estais sufriendo sus consecuencias. Si os entregais al dolor y al

llanto en esta tribulación que estais pasando, aumentareis vuestros sufrimientos y anulareis el mérito por vuestra impaciencia, ó le disminuiréis con vuestra menor paciencia ó mezcla de paciencia é impaciencia. Sí, por el contrario, sobrellevais el contratiempo del voraz incendio que ha destruido vuestras casas, privándoos de los bienes temporales, reunidos con el sudor de vuestro rostro para alimentar vuestro cuerpo y atender á sus precisas necesidades, como una de esas calamidades mandadas ó consentidas por Dios para purificaros y santificaros más y más ante su divina presencia, disminuiréis la amargura de vuestra alma, y hasta gozareis en vuestra desgracia, como sacrificio que haceis al Señor, dueño nuestro y de nuestros bienes, consiguiendo además el aumento de mérito ante el mismo, mediante la paciencia, porque el grado sumo de esta es, padecer y sufrir con gusto. Recibid, pues, animosamente con gozo y alegría esta tribulación, evitad la tristeza, y la pesadumbre: de este modo disminuirá vuestra pena y aumentará la corona de gloria que nuestro buen Dios tiene preparada á los que le aman.

II.

Existe en Dios una infinita propensión á comunicar sus bienes; la cual proviene de la infinita perfección y plenitud de su esencia, que tiende siempre á derramar sus dones en las criaturas principalmente racionales, como los ángeles y los hombres; y por esto dice S. Gregorio Nacianzeno, Dios obra en los seres inteligentes, de igual suerte que el sol en las cosas sensibles. El sol extiende efectivamente sus rayos por todas partes, á fin de iluminar todas las cosas, darlas calor, vivificarlas y fecundarlas; y nuestro Señor extiende los rayos de su beneficencia en todos y á todas las cosas, y de un modo especialísimo á los ángeles y los hombres para iluminarlos con la lumbre de su sabiduría, como medio de inflamarlos en su divino

amor, vivificarlos en la vida de la gracia y de la gloria, á fin de que ellos comuniquen estos bienes á otros. Se comunica á nosotros, como á hijos que instituye herederos y coherederos de Cristo, siendo propio de la benignidad divina descender á las criaturas más bajas, curar las enfermas, recoger y proteger las despreciables, elevar las humildes, y derramar en mayor abundancia los tesoros de sus riquezas, allí donde hay más pobreza y escasez. Se comunica muchas veces antes de que se le pida su auxilio y protección, como acontece en todas sus gracias prevenientes con las que nos mueve á pedir las subsiguientes, porque nadie puede rogar y pedir á Dios del modo que conviene, si no es movido á ello por la gracia del Espíritu Santo. Es más; el Señor concede muchas veces sus favores á los que sabe en su divina presciencia que han de ser ingratos; y aún los extiende á los impíos, infieles, herejes, ateos, blasfemos y réprobos, según aquellas palabras del divino Maestro: «Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os persiguen y calumnian; para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos: el cual hace nacer su sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos y pecadores (*Matth. cap. 5. v. 44 y sig.*)» Como consecuencia de esta doctrina, es deber nuestro imitar á Dios sirviéndole en todo con gozo y amor purísimo y esto nos proporcionará además, que él nos corresponda con mayor liberalidad, porque no consiente ser vencido por la nuestra según tiene prometido. «Para que mameis, dice, y seais llenos de la teta de su consolación: para que chupeis y abundeis en delicias de toda su gloria; porque esto dice el Señor: hé aquí que yo derivare sobre ella como rio de paz y como arroyo que inunda la gloria de las gentes, la cual mamaréis: llevados sereis á los pechos y sobre las rodillas os acariciarán. Como la madre acaricia á su hijo, así yo os consolaré y en Jerusalén seréis consolados (*Isaias, cap. 66,*

v. 11 y sig.) Si hemos de cumplir con este deber que tenemos para con Dios, es de necesidad que ejerzamos la beneficencia con nuestros prójimos, porque como dice S. Gregorio Nacianzeno (*Orat. de amore pauperum*): «El hombre nada tiene tan divino como merecer bien de los demás. Socorre al necesitado y te asemejarás á Dios, imitando la misericordia de Dios.» «La beneficencia, dice S. Gregorio Niseno (*De pauperibus amandis*), es la más excelente de todas las virtudes: es la compañera de la felicidad: circunda á Dios y está unido íntimamente á él.» Como nada podemos nosotros dar á Dios porque todo lo tiene en sí; démoslo á él en su imagen que son nuestros prójimos, derramando en ellos liberalmente los bienes que hemos recibido de aquel, porque para esto nos los concedió y nos los aumentará en proporción á nuestro desprendimiento para con nuestros prójimos. Las fuentes son más abundantes y tienen mayor caudal, según que desprenden más cantidad de agua, porque si esta no saliera del depósito no vendría otra nueva al mismo, en cuanto que la primera ocuparía el canal y excluiría la que afluye al mismo; de igual suerte se verifica en nuestros bienes respecto á su aumento ó disminución; de modo que si mucho damos á nuestros prójimos, mucho más recibiremos de Dios, porque «poderoso es el Señor para hacer abundar en nosotros toda gracia (*Epist. 2.^a ad Corinth. cap. 9. v. 8^o*).» Sería, por lo tanto, una vana excusa decir: si diese mucho, quedaría pobre y no podría atender en lo sucesivo á la familia, ni á otros más indigentes y necesitados, porque Dios es poderoso y hará que tengamos siempre los bienes suficientes para hacer asidua y constantemente limosnas abundantes; y esto en todo tiempo y no en una ocasión determinada; en todas las necesidades y no en una particular, sin que para ello sea necesario que haya de proporcionarnos abundancia ó exuberancia de bienes, sino los suficientes para aten-

der á nuestras necesidades y las de nuestros prójimos, siendo de advertir que esta suficiencia es la que acompaña al que está contento con su suerte, imitando de este modo al Señor que de nadie necesita y descansa en sí mismo sin apetecer ni desear ninguna otra cosa. Tal es la conducta del limosnero, á quien tiene perfecta aplicación la sentencia del Apóstol: «Derramó, dió á los pobres y su justicia permanece de siglo en siglo (*Epist. 2.^a ad Corinth. cap. 9.^o v. 9*)»; porque el hombre misericordioso, derrama y distribuye sus bienes siempre, en todo lugar, en todo tiempo y en toda necesidad; á la manera que el sembrador derrama por diversos lados en todo el terreno la semilla. Este acto de misericordia del limosnero permanece en la memoria de Dios y su eterna recompensa, como en la semilla derramada la mies; de igual modo que el labrador no pierde la semilla por el acto de sembrarla, sino que la arroja en la tierra para recibir el diez por uno. La limosna es inmortal, porque proporciona gloria inmortal al que la dá, en cuanto que la misericordia del justo permanecerá en la memoria eterna, sin que haya de temer males, y su dignidad, fuerza y poder crecerá gloriosamente de día en día hasta que sea elevado á la gloria celestial. La beneficencia del limosnero no perece, sino que está presente ante el Señor, que le remunera con premios presentes y futuros, y por esto dice S. Juan Crisóstomo (*Homil 9, de pœnitentia*): «el cielo es mercancía y negociación; dá el pan y recibe el paraíso; dá poco y recibe mucho, dá las cosas mortales y recibe las inmortales.» La limosna es acto de misericordia y sin embargo se llama justicia en los libros santos, porque es una gran parte de la justicia general, que es el conjunto de todas las virtudes, siendo además indicio de la justicia y santidad; así que los santos todos son misericordiosos, á diferencia de los impíos cuyas entrañas son crueles en expresión del sabio (*Proverb. cap. 12, v. 10.*) Se la llama tam-

bién justicia en cuanto que dispone para su consecución y la merece, conserva y aumenta; así que nuestro Señor dá á solos los misericordiosos la corona de justicia (*Math. cap. 25, v. 34 y sig.*) y por esta razón la limosna es como el último remedio que puede utilizarse por los pecadores de corazón duro y obstinado, siendo por lo mismo el aconsejado por el profeta Daniel al soberbio Nabucodonosor con estas sencillas palabras: «Toma, oh rey, mi consejo, »redime tus pecados con limosnas y tus maldades ejercitando la misericordia con los pobres (*Cap. 4.º v. 24.*)»

La misericordia en el socorro de las personas pobres y desvalidas es el medio de aumentar nuestra fortuna según las siguientes palabras del Apóstol: «el que suministra simiente al sembrador dará también pan para comer »y multiplicará vuestra simiente y aumentará los acrecentamientos de los frutos de vuestra justicia (*Epist. 2.ª ad Corinth. cap. 3.º v. 10.*)» Es decir, así como el amo, que suministra al colono la semilla para que siembre su heredad, le presta pan para comer y cuando llega la recolección se reintegra superabundantemente de todo lo prestado y va aumentando más y más sus graneros; de la misma manera Dios dá á los limosneros los bienes que distribuyen entre los pobres, les dará también el pan para comer y los demás bienes necesarios para la vida, con la circunstancia de que aumentará la semilla ó sean los bienes que volverán á sembrar y distribuir entre los pobres, porque Dios es nuestro Señor; nosotros sus colonos; los pobres su campo ó heredad y la semilla es la limosna. Dios quiere, según las palabras del Apóstol, que nosotros como colonos suyos distribuyamos la semilla ó sea la limosna en su campo que son los pobres, á fin de darnos con creces el alimento y la mies, ó sean los bienes para que volvamos á sembrarlos en este mismo campo y no para que llenemos con ellos los graneros ó los empleemos en el lujo de la casa, de los vestidos ó convites. Si seguimos este ca-

míno, nunca careceremos de los bienes necesarios para cubrir nuestras necesidades y á esto se refiere San Basilio (*Homil. 13, de Eleemosyna.*) cuando dice: «así como la »semilla arrojada en la tierra dá el ciento por uno, del »mismo modo se multiplica la limosna dada al pobre. Si »tienes un solo pan y se presenta á las puertas de tu »casa un necesitado demandando limosna, toma aquel »pan y levantando las manos al cielo dirás al Señor:» «De lo poco doy á mi hermano y tu Señor, dame á mi »que me hallo en necesidad suma: no dudes que aquel »que dá la semilla al sembrador para multiplicarla en la »tierra, te remunerará con exceso el pan que diste al me- »nesteroso.» En igual sentido se expresa S. Cipriano y añade, «que la mejor herencia dejada por los padres á un »hijo es la limosna, que habrán de multiplicar en propor- »ción al mayor número de hijos, apoyando esta su doc- »trina en el ejemplo de la viuda de Sarepta (*Lib. 3.º Reg. »cap. 17, v. 10 y sig.*), en el de Tobías (*Cap. 4.º v. 7 y sig.*) »y en la palabras del sabio:» «Quien dá al pobre, dice, »no estará necesitado: quien desprecia al que pide rogan- »do, sufrirá penuria (*Prover. cap. 28, v. 27.*)» El mismo profeta rey asegura, que nunca vió «justo desamparado, »ni su linage buscando pan, porque en todo día se com- »padece y dá prestado y su linage será siempre en bendi- »ción (*Psalm. 35. v. 25 y sig.*).»

Las palabras citadas del Apóstol demuestran, que los frutos de la beneficencia ó producidos por ella, como las riquezas, son dados por Dios á los benéficos, de igual suerte que se dá la mies al sembrador que depositó la semilla en la tierra, porque los acrecentamientos de los frutos no son otra cosa, que la mies producida por la semilla; y á la manera que los rendimientos de la semilla son mayores ó menores según la mayor ó menor cantidad de ella arrojada en la tierra; así los bienes producidos por la limosna serán más ó menos

cuantiosos según la extensión de la misma, porque «quien
 »siembra poco, también segará poco y el que siembra
 »en bendiciones, de bendiciones segará también (*Epist. 2.^a*
ad Corinth. cap. 9.^o v. 6.^o)». La limosna y las demás
 buenas obras hechas por amor de Dios son meritorias
 ante el mismo y tienen la ventaja sobre la semilla ma-
 terial depositada en la tierra, que aquellas no están ex-
 puestas á los contratiempos de las estaciones, sino que
 siempre son productivas y en gran abundancia, aun
 cuando la limosna dada á nuestros prógimos sea en sí pe-
 queña, y exigua, si no tenemos bienes para extendernos
 más. Dios vé desde el cielo nuestro corazón y si este es
 puro y generoso, él dará tanto mérito á un vaso de agua
 fría dada con perfecto desprendimiento, como á los gran-
 des tesoros repartidos por el poderoso entre los necesita-
 dos, «Cada uno dé como propuso en su corazón, no con
 »tristeza, ni como por fuerza, porque Dios ama al que dá
 »alegremente (*Epist. 2.^a ad Corinth. cap. 9.^o v. 7.*)». Es
 decir, que la limosna habrá de hacerse con buen afecto,
 teniendo solo en cuenta la imagen de Dios en aquellos, á
 quienes socorremos, sin que medien los respetos humanos;
 ni con pena ó tristeza producida por la codicia hacia los
 intereses temporales, sinó con generosidad de corazón y
 sincera alegría, agena en todo á la emulación, á los mi-
 ramientos terrenos, ni á otra consideración que el amor
 de Dios y del prógimo con relación á Dios, porque lo dado
 así es lo que merece la aceptación divina, conforme á las
 citadas palabras del Apóstol y á las siguientes del Ecle-
 siástico: «En toda ofrenda muestra tu cara alegre y san-
 »tifica tus diezmos con regocijo. Dá al altísimo según que
 »él te ha dado y con buen ojo ofrécele de lo que hallaren
 »tus manos (*Cap. 35, v. 11 y sig.*)»; porque como dice
 San Agustín (*In psalm. 42.*): «Si diste triste el pan, el
 »pan y el mérito perdiste.» Esta es la regla, á que hemos
 de atenernos, y aunque los pobres á quienes socorremos,

sean ingratos ó impotentes para corresponder positivamente, de modo que el beneficio dispensado á ellos aparezca como arrojado al mar, debemos estar tranquilos y continuar llenos de gozo ejercitando esta obra de misericordia; porque seguros podemos estar de que habremos de recibir una gran recompensa *de ellos* tal vez, y con seguridad del mismo Dios.

Siempre debemos tener presente, que «es cosa más »bienaventurada dar, que recibir (*Acta Apostolor. cap. 20, v. 35.*);» porque el dar es signo de abundancia y el recibir es señal de necesidad y escasez de bienes temporales; siendo además lo primero señal de liberalidad y lo último de codicia. El acto de dar expresa mayor amor del bienhechor con el necesitado, que el de este con el que le socorre en su penuria, porque el primero obra más noblemente en cuanto que su acto es más libre, á diferencia del que recibe, que por el bien recibido queda obligado y como ligado al donante y ¿qué mayor premio del beneficio prestado y más grande compensación que el aumento de bienaventuranza? Es acto mucho más honroso dar que recibir, porque el que recibe el beneficio vende su libertad; á diferencia de lo que ocurre en las injurias y otros males recibidos de los hombres, en lo que es mejor recibirlas que darlas, ser paciente que agente, porque Dios reserva el cielo para aquel, le hace convecino de los santos, le absuelve de los pecados y le premia con la corona de justicia. El que es injuriado no queda ligado á la ofensa, sino coronado; su alma queda más pura, é ilustrada, se hace semejante á Dios, se libra del cuidado de los bienes caducos y consigue el reino inmortal de la gloria. «Haz esto, dice S. Juan Crisóstomo (*Homilia 78 ad popul.*) y mirando al cielo piensa que allí te has hecho semejante al que está sentado sobre los Querubines.»

El acto de dar es nobilísimo, real y divino y por esto vemos que Dios dá todas las cosas sin recibir ninguna.

consistiendo en esto su bienaventuranza, opulencia y bondad inmensa, por la que como mar sin límites derrama sus gracias de toda clase sobre las criaturas. El que recibe sujeto á la miseria, pobreza y toda suerte de privaciones, recibe tan solo de sus semejantes bienes temporales á diferencia del que dá que recibe de Dios cosas espirituales, como la gracia y la gloria; y del socorrido preces, bendiciones, acciones de gracias y las alabanzas divinas, por lo cual decía el diácono Agapito al Emperador Justiniano: «ama más á los que solicitan de »tí beneficios, que á los que te los ofrecen: éstos te cons- »tituyen en deudor de la gracia recibida y los otros te »dan á Dios, mar inmenso de bienes que te remunerará »superabundantemente todo lo que dieres á los que de- »mandando tu misericordia, socorres y favoreces, porque »considera y mira como hecha á sí mismo esta tu obra tan »humana y pia (*Bibliothec. S. S. Patrum tomo 2.º*).»

Estas verdades, amados hijos, habeis de tener siempre en la memoria, si quereis secundar las miras de la divina providencia en los sucesos prósperos y adversos, que nos sobrevienen con rapidez en la vida, alternando unos con otros para los grandes fines, que nuestro buen Dios se propone en la marcha general del universo y la particular de la humanidad. Si así nos conducimos y obramos con arreglo á estas máximas, fácil será marchar con pié seguro por nuestro camino, porque las desgracias y aflicciones serán consideradas como medios mandados ó permitidos por el Señor para nuestra santificación y paz eterna colmada de bendiciones y dicha completa. De no hacerlo de este modo, no evitaremos estos contratiempos de la desgracia, penas y aflicciones, sinó que los aumentaremos más y más con nuestra mala disposición de ánimo y falta de conformidad con la voluntad divina. Contrariaremos á esta y perderemos el galardón prometido á la resignación cristiana. Es obli-

gación nuestra en los sucesos prósperos de la vida elevar nuestra mente al Señor, rendirle gracias por los bienes recibidos de su mano y pedirle con humildad que nos libre de caer en la tentación de colocar en ellos nuestro fin, así como de incurrir en la innoble pasión de la codicia, ambición, y otras malas inclinaciones, á que nos exponen las riquezas y demás bienes terrenos. Pidámosle llenos de confianza, que nos asista con su gracia para que teniendo siempre á la vista sus divinos mandamientos, empleemos estos bienes en aquello que ceda en mayor honra y gloria suya. Sabemos por la luz que ha grabado en nuestro espíritu y por su divina revelación, cuán gratas son á su divina Majestad las obras de misericordia llevadas á efecto con nuestros prójimos por amor suyo. Estos han sido criados á su imagen y semejanza como nosotros; están destinados al mismo fin y como nosotros han sido redimidos con su preciosa sangre, sin que ante *Él* haya acepción de personas: á todas las ama con amor de padre amantísimo: para todas y cada una tiene destinada una corona inmortal, dando generosamente á todos, auxilios copiosos y medios bastantes para su consecución. El amor de Dios en nuestros prójimos ha de ejercitarse con el afecto llevado á efecto. Siempre tenemos ocasión para practicarle; pero hoy se nos presenta un caso singular en que ejercitar esta obra de misericordia y no podemos menos de levantar nuestra voz de padre y dirigirla con ternura á todos nuestros hijos los fieles legionenses, suplicándoles en nombre de Dios, que fijen su compasiva mirada en el pueblo de Valverde de la Sierra reducido á escombros; y en sus honrados habitantes nuestros hermanos, sumidos en la más espantosa miseria, privados de los medios materiales para salir de tan angustiosa situación. Todos podemos acudir con nuestro óbolo en su auxilio y sacarlos de su angustioso estado reedificando de nuevo sus humildes y pobres moradas, que para